

D. Lope era un hombre resuelto y además estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supò qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; después oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

DON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de D^a Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quiso aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.

—Teneos, mal nacidos—les decia—¿por qué me atacais así, cuando apenas me conoceis?

—Bástanos saber de la parte de quién vienes, para tenerte mala voluntad—dijo el Camaleon retirándose.

—Y desconfianza—agregó el Pinacate imitándole.

—Culpa mia es—contestó D. Lope sin acometer, pero permaneciendo en guardia—que creia deciros el nombre de un amigo vuestro.

—Dios nos ampare que ese hombre fuera nuestro amigo—dijo el Camaleon.

—Pues él me ha traído una noche á hablar con vosotros....

—Puede ser muy bien; pero ya las cosas no están como estaban.

—Será como vosotros querais, por ahora solo os aseguro á fé de caballero que si vuestra desconfianza nace de que venga yo de la parte de D. Guillen, podeis estar tranquilos que no es verdad.

—¿Y qué garantía tenemos de que no nos engañais ahora?

—El asunto que tengo que comunicaros, si quereis hablar.

—Hablemos, pero guardad el estoque.

—Antes vosotros los puñales.

—Al mismo tiempo todos, y por la fé de cristianos que no haya felonía.

—Por la salud de nuestras almas—dijo D. Lope en vainando su espada.

—Amen—contestaron á un tiempo el Camaleon y el Pinacate guardando sus puñales.

—Ahora hablemos—dijo D. Lope acercándose á ellos.

—Aquí, ó allá dentro ?preguntó el Camaleon.

—Como os convenga.

—En donde su merced disponga—replicó el Camaleon, tomando un aire de respeto—allá estaremos solos, y al abrigo del aire y de los curiosos.... no desconfíe vuesa merced; *somos de palabra*.

—Iria yo con vosotros á cualquiera parte, y sin armas—contestó D. Lope marcialmente—vamos adentro.

—Pues sígame vuesa merced—dijo el Camaleon entrando por delante.

D. Lope le siguió, y el Pinacate cerró la entrada de la casa.

Subieron la escalera y llegaron á la estancia en que vivia el Camaleon.

Sobre una piedra ardia un velon de cebo iluminando débilmente aquel estenso aposento.

—Puede sentarse vuesa merced y hablar—dijo el Camaleon, señalando á D. Lope un grueso madero que servia de silla.

D. Lope se sentó, y el Camaleon y su compañero hicieron lo mismo.

—¿Recordais haberme visto otra vez?—preguntó D. Lope.

—Sí señor, recuerdo—contestó el Camaleon—la noche que entregamos los papeles del *Tapado* que vino vuesa merced con ese Señorito á quien Dios confunda.

—Quién es el Señorito?

—El mismo á quien vuesa merced llama D. Guillen.

—Ah!... pues bien; esos papeles los he llevado yo á depositar á una casa, á la casa de una dama; el Señorito, como vosotros le llamais, pudo advertirlo, y esa casa ha sido asaltada pocas noches despues.

—Pues no debe ni dudar vuesa merced, él ha hecho todo; encontraría quien le comprase el secreto y lo vendió: esa, esa es la costumbre, *jugar con dos barajas*.

—Mi objeto, pues, al venir aquí, ha sido preguntaros, si podriais decirme quién asaltaría esa casa? . . .

El Camaleon y el Pinacate se miraron entre sí, como consultándose mutuamente, si contestarian por la afirmativa; D. Lope lo advirtió y quiso remover sus escrúpulos.

—Debo advertiros—dijo—que empeño mi palabra de que no perseguiré ni intentaré nada contra los asaltantes; por conducto vuestro me entenderé con ellos para que me den nada mas una noticia que necesito.

—En tal caso estamos conformes; diga vuesa merced su casa, y denos unos dias de plazo para averiguar, y es negocio hecho.

—Muy bien: la casa asaltada es de la calle del Reloj.

—De la calle del Reloj?—esclamaron á un tiempo los ladrones.

—Sí: sabeis algo?

—Perfectamente; pero de esa casa no ha sacado el Señorito ningunos papeles, ni fué negocio suyo.

—Pues qué hubo?

—Una dama nos llevó allí, porsupuesto por conducto del Señorito, y todo parece haber sido cuestion de celos, porque de allí no se sacó mas que á otra dama. . . .

—Esa dama, esa dama es lo único que á mí me importa; adónde está? adónde la llevásteis? qué fué de ella?

—Eso sí no podremos deciros: la condujimos hasta la acequia; allí habia una canoa con dos hombres, la embarcamos y se fueron con ella esos dos hombres, el Señorito y la otra dama que la acompañaba.

—Pero esa otra dama, quién era?

—No lo sabemos: tanto enredo de mujeres trae el Señorito. . . .

—Pero vosotros no la visteis el rostro?

—Y tanto, que podriamos reconocerla al momento.

—¿Teneis inconveniente en venir mañana temprano para que os muestre una, y me digais si es ella?

—Ninguno.

—Bien: entonces mañana á las ocho de la mañana os espero en Catedral, en la puerta de en medio, de las que miran á la plaza.

—No faltaremos.

—Tomad—dijo D. Lope dando una bolsa llena de dinero al Camaleon.

—Gracias, señor; por supuesto nada diga vuesa merced al Señorito.

—¡Dios me libre!

—Muy bien, pues no faltaremos.

—Adios—dijo D. Lope levantándose.

El Camaleon tomó el velon de sebo y salió por delante alumbrando ceremoniosamente á D. Lope.

Así, llegaron hasta la puerta.

—Con que adios, y no olvidarse de la cita—dijo el jóven embozándose en su larga capa.

—Pierda vuesa merced cuidado—contestó el Camaleon. D. Lope se alejó, y el Pinacate volvió á cerrar.

—Perfectamente—esclamó con alegría el Camaleon—de un *avío dos mandados*; ganamos aquí una buena propina y nos vengamos del Señorito.

—Que para mí es lo principal—contestó el Pinacate.

—Sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que no me parece difícil, que la dama que nos llevó á la calle del Reloj, sea la misma con quien tenia amores el Señorito, en la casa adonde nos puso el plan.

—¿En la casa del marqués?

—Sí.

—Es verdad, y esa direccion tomó la canoa.

—Ni duda.

—¿Pero qué sería capaz de ser tan *felon*?

—Parece que no le conoces.

—Entónces, ha hecho *viaje redondo* con nosotros.

—¿Cómo?

—Así, nos llevó á quitar los papeles del *Tapado*, y nos vendió; supo adónde estaban, y nos llevó á robarlos al mismo á quien se los habia vendido; luego nos llevó á asaltar la casa de la misma dama á quien habiamos ayudado la víspera, y por último allí nos quiso robar y matar á nosotros para quedarse con todo él solo; de modo que por un dia ayudaba á uno en una empresa, para asaltarlo al siguiente.

—De veras que este hombre sí es malo, y descreido.

—Preciso será matarle.

—Ya le llega, porque este caballero me parece que está resuelto.

—Y le ayudaremos. . . .

—Sí, aunque no sea sino para que acabe con ese *excomulgado*.

—Pues vamos á dormir un rato, porque mañana á las ocho hemos de estar en Catedral.

—Me parece bien.

Los dos bandidos se acostaron en el suelo, el Camaleon

apagó la vela, y poco despues ambos dormian con una tranquilidad envidiable á despecho de los filósofos que dicen: que la conciencia manchada aleja el sueño: quizá esos filósofos debieran haber dicho mejor, que lo que suele alejar el sueño no es la conciencia manchada, sino la bolsa limpia.

En fin, en esto como en todo, hay diversas opiniones.

El Camaleon soñó que ahorcaba al Señorito, y el Pinate que D. Lope le daba mucho dinero.

Entretanto D. Lope, caminaba en la oscuridad precipitadamente.

Llegó á su casa cuando ya se acercaba la mañana, y allí supo que el padre Lozada y D. Gonzalo le habian buscado repetidas veces.

V.

En el que se cuenta lo que descubrió D. Lope, al ir en busca de D.^a Inés de Medina.

IMPOSIBLE le fué á D. Lope dormir en aquella noche: apenas rayó la luz de la mañana, estaba ya en la calle impaciente porque llegara la hora de la cita.

Sonaron por fin las ocho y D. Lope se colocó en el lugar indicado: un minuto habia pasado, y á él le habia parecido ya una hora y comenzaba á desesperar de que los bandidos cumpliesen su palabra, cuando vió acercarse dos caballeros elegantemente vestidos, con ropilla, gregüescos y ferreruelos de terciopelo negro, y con sombreros adornados con plumas y toquillas.

—Aquí estamos á las órdenes de vuesa merced—dijo uno de ellos.

—¡Cómo!—esclamó D. Lope, dudando aún—¡sois vosotros!

—Los mismos pájaros con distintas plumas—contestó con desfachatez el Camaleon.

—El mismo mono, no mas que se rasuró—agregó alegremente el Pinacate.

—Pues por mi fé no os hubiera conocido.

—No lo estrañe vuesa merced, que eso es lo que hemos pretendido, porque tenemos cuentas pendientes con algunas golillas, y esos son como los perros, mudando traje se les engaña, porque se guian por el olfato: el equipaje del amigo de vuesa merced, del *Tapado*, nos ha permitido este lujo.

—Pero esa es una imprudencia....

—No tenga vuesa merced cuidado, que el único que conoce estas prendas, es el que menos las puede ver.

—Vamos?

—Como lo disponga vuesa merced.

D. Lope echó á andar y los dos pícaros se pusieron á sus lados con todo el aire de unos marqueses.

—Puede decir vuesa merced que va como Cristo—dijo descaradamente el Camaleon.

—En todo caso—replicó el Pinacate—yo soy San Dímas.

—No disputaremos el nombre—contestó el Camaleon—ya que el oficio es igual, y si te parece te diré yo para que seas San Dímas, *Dí mas, pronto estarás conmigo en galeras*.

D. Lope no pudo menos de sonreirse: aquel era para él un mundo enteramente nuevo, y jamás se habia imaginado que hubiera hombres que se connaturalizaran con el delito, y que se chacearan con el destino, teniendo por único porvenir la horca ó las galeras.

—¡Y podremos saber—dijo el Camaleon—adónde nos lleva vuesa merced? porque hay puntos en esta ciudad peligrosillos para nosotros.

—No temais: vamos nada mas que á colocarnos frente á la casa de la dama, porque á esta hora sale á misa: me tendré á hablarle y á preguntarle por su salud, y tendreis tiempo y oportunidad para mirarla; obra será todo de un momento.

—Perfectamente.

Siguieron avanzando, y al torcer la esquina de la calle en que vivía D^a Inés, advirtieron en frente de la casa de ésta gran número de personas que hablaban con calor y miraban á la puerta y á las ventanas.

—Alguna cosa estraña pasa aquí—dijo D. Lope—¿queréis seguir adelante ó esperáis á que yo vaya á reconocer?

—Iremos todos, que yo creo—contestó el Camaleón—que no les será fácil á los alguaciles el reconocernos.

Los tres llegaron hasta donde estaba la jente procurando oír sus conversaciones, y descubrir algo de lo que todos miraban.

Pero las puertas de la casa estaban cerradas lo mismo que los balcones, y de esto nada infería D. Lope; procuró pues escuchar lo que decían las jentes.

—¡Ave María purísima!—esclamaba una vieja que hablaba con un beato—¿y cómo consentirá Dios semejantes cosas?

—Dios no lo consiente—contestaba el beato.

—¿Pues qué, se hacen sin su consentimiento?—replicaba la vieja.

—No, pero hay que distinguir entre consentimiento y permission, que no todo va á decir lo mismo; escúcheme vuesa merced, señora.

El beato se engolfó en una disertacion teológica, y D. Lope viendo que de allí nada sacaba siguió adelante.

—¿Conque judíos?—decía una muchachilla no mal parecida á un fraile de la merced.

—No judíos hija, judaisantes.

—¿No es lo propio?

—No, mira, judíos son los nacidos en Judea.

—Entonces Jesucristo era judío.

—Por supuesto.

—¡Jesus nos asista! no diga vuesa merced eso, padrecito, que lo puede oír alguno del Santo Oficio.....

—Adelante—pensó D. Lope.

—¿Quién lo hubiera creído?—decía una vendedora de juiles á otra mujer—tan bonita la señora.

—¿Quiéres darme razon qué ha pasado aquí?—la preguntó D. Lope.

—¿Pues qué no lo sabe su merced?

—No, acabo de llegar y nada sé.

—Pues tiene su merced, que aquí vivía una niña huérfana, que le mataron á su padre hace poco, y todos los vecinos por eso la tenemos lástima y la queremos porque era bonita, ¿y lo pasa á creer su merced? ella iba todos los días á misa, y anoche sin decir, *agua vá*, se llegó el Santo Oficio y se llevó á todos los de la casa, porque dicen que eran judíos.

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que oye su merced.

—Parece increíble.

—Eso mismo dije yo, pero el Santo Oficio lo hizo, razon tendrá, y *con el rey y la Inquisicion chiton*.

—Bien dicho: ¿y nadie quedó dentro de la casa?

—Vaya, nadie: ¿no alcanza su merced á ver desde aquí los sellos que pusieron los escribanos en las puertas?

—Sí, ya veo: ¿y cómo, á qué hora sería eso?

—A todo el peso de la noche, porque ninguno de los vecinos sentimos nada, y que yo vivo aquí cerca en la otra esquina; pero al amanecer ya todo nos lo contaron.

—¿Qué cosa! muchas gracias—dijo D. Lope alejándose.

—A Dios sean dadas—contestó la mujer.

—Pues retirémonos, porque toda averiguacion es ya imposible—dijo D. Lope.

—Como vuesa merced lo ordene—contestó el Camaleon.

Y los tres dieron la vuelta y se dirijieron para la casa de D. Lope.

Caminaba el jóven pensativo, y los dos truanes le observaban cuidadosamente.

—Veo—le dijo de pronto el Camaleon—que á vuesa merced le puede mucho el que no encontremos á esa dama.

—Sí—contestó D. Lope.

—¿Y todo el interés de vuesa merced al buscarla, era para saber de la otra?

—Todo mi interés es ese.

—Pues nada se ha perdido entonces.

—Cómo?

—Sí, porque nos queda un modo de averiguarlo: el Señorito lo sabe tan bien como la dama.

—Y si no lo quiere decir?

—Le obligaremos.

—Pero puede resistirse.

El Camaleon y el Pinacate se sonrieron desdeñosamente.

—Por qué os reís?—preguntó con estrañeza D. Lope.

—Porque parece—contestó el Pinacate—que aún no le ha salido el colmillo á vuesa merced: nosotros tenemos medios de hacer *cantar* á cualquiera, y mejor que la Inquisicion.

—Pero qué medios son esos?

—Tanto así, no diremos: que se nos entregue al Señorito; que se nos pague bien, y le sacaremos del *buche* cuanto sea necesario.

—Pagaré bien; pero no entrego al Señorito; vosotros le buscareis.

—Es igual para nosotros: qué desea saber vuesa merced?

—Nada mas el paradero de la dama robada en la calle del Reloj.

—Y cómo se llama vuesa merced?

—Os lo he dicho, D. Lope de Montemayor.

—Y conoce á vuesa merced el Señorito?

—Me conoce.

—Desconfia de vuesa merced?

—Creo que no.

—Bueno, entonces vamos á probar fortuna: ¿puede vuesa merced ir esta noche á nuestra casa de Tlaltelolco?

—A qué hora?

—A las once.

—Sí.

—Pues le esperamos, y quizá tengamos ya para darle una buena razon.

—Dios lo haga.

—Nos retiramos y hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los dos camaradas se alejaron, y como habian llegado á la calle del Reloj, D. Lope se entró á la casa procurando adivinar la causa de la prision de D^a Inés.

Una hora habia trascurrido de su llegada, cuando se presentó en la casa D. Gonzalo de Casaus.

D. Lope le recibió con gusto, porque esperaba que él le daria noticia de lo ocurrido: sentáronse ambos, y D. Gonzalo, despues de descansar un momento, dijo á su amigo

cofres y gavetas hay selladas; pero supongo que dentro de ellas no será necesario registrar.

—De ninguna manera.

—Pues me voy para enviar esa llave.

D. Gonzalo se despidió, y dos horas despues D. Lope recibia la llave.

Sonaban las once de la noche, y una canoa en la que iban tres hombres, se detuvo á la puerta falsa de la casa que habia sido del marqués de Rio-florido.

Los tres hombres saltaron á tierra y amarraron la canoa: uno de ellos se dirigió á la puerta, introdujo en la cerradura una llave que traia, abrió y entró á la casa, seguido de sus dos acompañantes.

La puerta volvió á cerrarse, y uno de aquellos hombres sacó un eslabon y una piedra: brillaron las chispas, prendió la yesca y en ella, otro de los hombres, encendió una pajuela de azufre cuya luz comunicó á una gruesa bujía de cera.

Un momento despues cada uno de aquellos hombres tenia en la mano una bujía encendida: eran D. Lope y dos de sus criados.

Entonces comenzaron un registro escrupuloso en la casa, comenzando por el gran patio, en el que tenian sus entrevistas Inés y D. Guillen.

Pero en aquel patio nada encontraron que les llamara la atencion: inmensas pilas de leña, vigas y maderas de construccion amontonadas en desorden, y nada mas.

—Entremos—dijo D. Lope.

Y penetraron en las habitaciones.

Por mas valor que tuvieran aquellos hombres, sintieron una especie de pavor supersticioso; al atravesar aquellos

VI.

De la plática que hubo entre D. Lope y D. Gonzalo y otras cosas que se verán.

BENDITO sea Dios—dijo D. Gonzalo—que se encuentra á vuesa merced en su casa; que ayer tarde y aun anoche repetidas veces le hemos buscado.

—Tanto le interesaba á vuesa merced el encontrarme?

—Mucho, y por mi relato podrá conocerlo vuesa merced fácilmente; hace ya algunos dias que se zurraba en la ciudad, que una dama principal hacia denuncias á la Audiencia, acerca de todo cuanto nosotros teniamos dispuesto y arreglado: tales voces llegaron hasta nosotros haciéndonos formar mil y mil conjeturas; como sabeis tenemos amigos en la Audiencia misma, y ayer en la mañana uno de estos amigos nuestros llegó á avisarme que D. Frutos Delgado habia confesado á sus compañeros que la dama en cuestion era D^a Inés de Medina.....

—Lo sé ya.

aposentos desiertos, en donde recientemente habian acontecido escenas tan sangrientas como las del asalto de los ladrones.

Aquellas habitaciones, de las que tan repentinamente habian sido arrancados los dueños, conservaban por decirlo así algo de vida en sus recuerdos.

Los cofres y las gavetas estaban cerradas y selladas; pero en los objetos de poco valor, y de uso comun, no se habia puesto seguramente el menor cuidado, porque aun se encontraban por todas partes esas que pueden llamarse cosas insignificantes, pero son la señal de vida en una casa.

Aun habia agua en algunas artesis; aun se encontraban intactos los preparativos de la comida del dia.

D. Lope consideraba todo aquello con cierta especie de respeto: le parecia como que estaba en la casa de un muerto, sorprendiendo los secretos de la vida doméstica de una familia á quien jamás habia tratado.

Sin embargo, registró escrupulosamente toda la casa; pero nada, ni el mas leve vestigio habia allí que le indicara la suerte que habia corrido D^a Inés. Ella debia de haber entrado á aquella casa; pero, ¿qué habia sido de ella?

D. Lope se perdia en un laberinto de conjeturas.

Por fin llegó á desesperar y determinó retirarse: descendió de las habitaciones de la familia al gran patio y se dirigió á la puerta falsa, resuelto á esperar noticias del Señorito, que era ya su última esperanza.

D. Lope salió el primero y dijo á uno de los criados entregándole la llave:

—Cierra esa puerta.

El criado acercó la luz á la cerradura é introdujo en ella la llave, y despues entró un poco al patio con objeto de to-

—Cómo! ¿lo sabia vuesa merced, y nada habia dicho, cuando el peligro era tan inmediato?

—Hasta anoche lo supe, y por esa razon no me encontraron aquí vuestas mercedes anoche, porque andaba en averiguacion de ese y otros crímenes cometidos por esa dama.

—Pues nosotros tuvimos certeza del negocio, y ademas el oidor D. Frutos prometió, que anoche precisamente daria noticias importantes que le iban á ser comunicadas respecto del robo de los equipajes del marqués de San Vicente.

—Fácil le hubiera sido.

—Y demasiado, porque D^a Inés debia casarse próximamente con D. Guillen de Pereyra, el mismo hombre que entregó los papeles á vuesa merced.

—Exactamente.

—La situacion era grave, y necesario de todo punto deshacernos de esa mujer que podia de un momento á otro precipitarnos y perdernos; matarla habria sido una mala accion, y además hubiera podido escitar las sospechas...

—¿Qué se hizo pues?

—Ocurriósenos un arbitrio; buscar un apoyo contra el cual no pudiera luchar la Audiencia, y pensamos en el Santo Oficio.

—¿En el Santo Oficio?

—Sí: su jurisdiccion es tan respetada y tan temida que nadie se atreve á oponérsele, ni á pensar siquiera en arrancarle un reo, y D^a Inés está ya en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Pero cómo?

—Sabeis que soy uno de los comisarios, y recibí denun-

cias de que D^a Inés de Medina era sectaria de la ley muerta de Moyses; la he aprehendido, y anoche ha entrado á la Inquisicion.

—¿Es decir...?

—Que ya no podrá decir nada á los oidores, y que cuando ella salga, si á salir llega, hasta los vestijios se habrán perdido de cuanto ha pasado en este triste negocio del marqués de San Vicente.

D. Lope quedó pensativo: aquel paso repugnaba á su natural franco y leal, por una parte, y por otra, le imposibilitaban de informarse con D^a Inés del paradero de D^a Laura.

—Qué preocupa á vuesa merced?—preguntó D. Gonzalo.

—Pienso que D^a Inés podría decirme qué hizo de una dama que fué robada de orden suya.

—Y qué dama es esa?

—La dama que vivia en frente.

—Ya recuerdo.

—Creo que la tendria oculta en la casa; pero cerrada como está, y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio, es imposible registrar.

—No me parece á mí imposible; y si tal empeño tiene vuesa merced, puedo proporeionar la llave de una puerta que conduce al canal y acompañar si gusta á vuesa merced.

—Admito el favor solo en lo relativo á la llave: ¿cuándo podré tenerla?

—Dentro de dos horas, si tanto empeño toma vuesa merced.

—La impaciencia me devora.

—En tal caso voy á enviarla, y esta noche podrá vuesa merced ir, seguro de que nadie interrumpirá sus pesquisas:

El rostro de aquella desgraciada bañado por la luz, daba espanto; su pelo en confuso desórden hacia aparecer inmensa su cabeza, y muy pequeño su pálido y desencajado rostro.

D. Lope examinó con espanto aquella víctima sin poderla reconocer.

—Mallades... D. Lope... la reina—dijo la mujer volviendo á reír.

—¿D^a Laura!—gritó de una manera horrible D. Lope dejando caer la bujía, y llevando las manos á la frente como si quisiera contener su razon que huia á la vista de aquel espectáculo.

Los criados acudieron al socorro de su señor, y entretanto D^a Laura cantaba en voz baja los versos de Valenzuela:

—Peregrinando tierras,
Surcando mares negros,
Vientos examinando,
De ardientes climas registrando el fuego....

¡Qué cansada estoy.....! qué cansada!..... ¿cuándo llegaré?

—D^a Laura, señora, amor mio—esclamaba D. Lope como loco, arrancando con las manos las piedras de la pared que encerraba á la dama—D^a Laura, mi bien: ¿estoy soñando? ¡Dios mio, Dios mio! ¿esto es espantoso, espantoso! ¡infame mujer, infame! el cielo te maldiga!

—Peregrinando tierras—continuaba D^a Laura indiferentemente—surcando mares negros..... ay!..... ay!.... qué cansada estoy, Dios mio!..... ay!..... cuándo llegaré?

—Laura! Laura mia!—esclamaba D. Lope, y el llanto le impedia seguir trabajando.

Pero los criados, con una actividad asombrosa, derribaban aquel muro, cuya *mezcla* apenas habia comenzado á secar.

D^a Laura de nada parecia apercibirse.

Por fin cayó un gran trozo de la pared: faltó el apoyo á la emparedada, y ella tambien se desplomó repentinamente para adelante.

D. Lope, como fuera de sí, la recibió en sus brazos.

Es imposible describir el estado de aquella mujer, obligada por las paredes á estar en pié tanto tiempo. D. Lope la retiró violentamente de aquel sepulcro, y gritó y la acarició, pero la dama estaba desmayada.

—Agua, buscad agua—decia D. Lope—se muere.

Uno de los criados encontró allí mismo un gran jarro de agua y se lo dió á D. Lope.

Rociaron con ella el rostro de D^a Laura, que dió indicio de volver en sí, lanzando un suspiro.

—Vuelve—dijo un criado.

—Bien, ahora á nuestra casa violentamente—dijo D. Lope—quizá aun sea tiempo de salvarla.

Y levantando á D^a Laura entre sus brazos se dirigió á la puerta.

—Alumbrad—dijo.

Los criados alumbrando y seguidos del jóven que llevaba á la dama como hubiera podido hacerlo con un niño dormido, llegaron hasta la canoa.

Cerróse la puerta, embarcáronse todos, y la canoa comenzó á deslizarse sobre las aguas.

Los criados remaban y D. Lope continuaba llevando á D^a Laura entre sus brazos.

Cuando aquella embarcacion se perdió bajo uno de los puentes y no se escuchó ni el ruido de los remos, destacóse

mar la otra hoja de la puerta que el viento habia abierto al salir ellos.

D. Lope contemplaba distraidamente aquella operacion.

Derrepente el criado lanzó un grito y retrocedió pálido y convulso.

—Qué pasa?—preguntó D. Lope.

—¡Ave María, señor! ¡el demonio! ¡el demonio anda en esta casa!

—Óómo! el demonio?

—Sí, señor, se ha reido de nosotros, seguramente porque no hemos encontrado nada.

—Estás loco?

—Le juro á su merced que lo he oido reirse.

—Será ilusion.

—Oh! no señor. . . . escuche su merced.

En efecto: una careajada satánica se escuchó entónces, como viniendo del interior de la casa ó del fondo de la tierra.

Los criados se pusieron á temblar, y D. Lope se sintió conmovido: aquella risa nada tenia de humano, y ademas todos estaban seguros de que en la casa no habia nadie.

Reinó por un momento el silencio, y nadie se atrevia á moverse; derrepente se oyeron unos gritos semejantes al aullido de una fiera.

A la luz de las antorchas se habria podido ver cómo palidecieron los rostros de aquellos tres hombres; aquellos gritos tenian algo de los gemidos que deben lanzar los condenados.

Si los criados hubieran estado solos habrian echado á huir; pero la presencia de D. Lope los contenia.

Y D. Lope mismo sentía helarse su sangre de terror en aquellas carcajadas, aquellos alaridos que salían como del fondo de la tierra, en aquella casa desierta y teatro de tantos crímenes, eran para herir el corazón mas bien templado.

—Vámonos, señor—dijo un criado.

—No—contestó D. Lope—aquí hay un misterio espantoso que es preciso descubrir; sobreponeros al terror, cobrad ánimo; si es cosa de los hombres somos fuertes, valientes y venimos armados; si es cosa del infierno, Dios nos protegerá; tened fé en él.

Y D. Lope, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se adelantó resueltamente hasta la mitad del patio.

Los criados vacilaron entre el miedo de quedarse lejos de su amo, ó seguir, y como el peor miedo, es el miedo á la soledad, le siguieron temblando.

Volvióse á escuchar la carcajada; entonces conoció D. Lope que salía de detrás de una gran pila de leña.

Sin vacilar se dirigió allí, y comenzó á examinar el terreno.

Los criados no se apartaban de él ni tres pasos.

D. Lope encontró detrás de aquella leña una especie de callejon y se entró por él resueltamente; á poco andar había una puerta que estaba abierta, y al llegar á ella escuchó tan cerca un aullido, que se creyó casi en la presencia del demonio. Los criados temblando hicieron la señal de la cruz, D. Lope desnudó instintivamente su daga, pero no se detuvo y penetró en una gran bodega.

A la rojiza luz de las bujías tardó poco D. Lope en comprenderlo todo.

Allí había una mujer emparedada.

misteriosamente una sombra cerca de la casa del marqués y se paró en la orilla del canal.

Era Luis.

—Oh!—esclamó—ese hombre no puede ser otro que D. Guillen de Pereyra, porque era el único que sabia este secreto....¿pero qué pensará hacer con esa loca?....¿para qué habrá venido á sacarla?....yo le vijilaré; es seguro que la lleva á su casa....¿estará loco tambien él....?